



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

LA BARONESA DE WILSON: LA DOBLE MARGINALIDAD DE UNA VIAJERA DECIMONÓNICA ESPAÑOLA

María Isabel MENA MORA
(University of Pittsburgh)

<https://orcid.org/0000-0002-4741-5452>

Recibido: 04-05-2021 / Revisado: 18-07-2021

Aceptado: 08-07-2021 / Publicado: 18-12-2021

RESUMEN: El presente artículo analiza el lugar de enunciación de la viajera decimonónica Emilia Serrano (baronesa de Wilson) en su calidad de sujeto marginal por partida doble —por ser mujer y por ser española—, así como sus estrategias para construir un discurso emancipador. Examina las dificultades que sorteó como viajera por pertenecer al sexo femenino, pero también las oportunidades que supo aprovechar al escribir desde una «posición de excepción». Serrano logró insertar sus propios intereses y demandas de género dentro del proyecto modernizador católico y de aquellas voces que buscaban defender a España de la leyenda negra. Encontró también un potencial estratégico al enunciarse desde la república y desde América Latina, en lugar de hacerlo desde su patria en el Viejo Mundo.

PALABRAS CLAVE: Emilia Serrano, relatos de viajeras decimonónicas, proyecto modernizador católico, leyenda negra, república.

THE BARONESE OF WILSON: THE DOUBLE MARGINALITY OF A DECIMONIC SPANISH TRAVELER

ABSTRACT: This article analyzes the place of enunciation of decimononic traveler Emilia Serrano (Baroness of Wilson) as a double marginal subject —for being a woman and for being Spanish— as well as her strategies to build an emancipatory discourse. It examines the difficulties she ruffled as a female traveler, but also the opportunities she knew how to take advantage of by writing from an «exceptional position». Serrano managed to insert her own interests and gender demands within the Catholic modernizing project and those voices seeking to defend Spain from the black legend. She also found a strategic potential when enunciating her discourse from within the Republic and Latin America, instead of doing it from within her homeland in the Old World.

KEYWORDS: Emilia Serrano, female travel writing, Catholic modernizing project, black legend, Republic.

Emilia Serrano —también conocida como baronesa de Wilson— fue una aristócrata española nacida en Granada entre 1834 y 1845. A los quince años, tras la temprana muerte de su marido y de su hija pequeña, se dedicó a viajar por América y a escribir sobre su gente. La firma de la baronesa consta en cuentos, relatos de viajes, novelas, poemas, ensayos pedagógicos y leyendas históricas, así como en innumerables y variados artículos dentro de revistas literarias españolas e hispanoamericanas (Chárquez Gámez, 2008: 106). No obstante, ningún país la ha rescatado dentro de su canon nacional. Quizá la razón sea que los lugares de publicación de sus distintas obras están repartidos entre varias ciudades españolas, francesas e hispanoamericanas. Y tal vez, por eso, la baronesa de Wilson fue olvidada durante mucho tiempo (Mena, 2015: 12). Recién en las últimas décadas han aparecido textos que resaltan la singularidad de esta autora y de su obra.¹ Jennifer Jenkins Wood dedica a Serrano un interesante capítulo dentro de su libro sobre viajeras españolas *Spanish Women travelers at Home and Abroad, 1850-1920*, en el que señala que Serrano formó parte de una red panhispánica de mujeres escritoras. También Beatriz Ferrus Antón concluye que, particularmente en su obra *América y sus mujeres* (1890), Serrano escribe desde un «nosotras» que repiensa el lugar de la mujer hispanoamericana y desafía la manera en la que el poder construye sujetos y *subalternidades* (2011: 10).²

Es este «nosotras» el que me interesó profundizar en mi libro *La Baronesa de Wilson y las metáforas sobre América y sus mujeres 1874-1890* (2015). A través del análisis de las metáforas utilizadas por la baronesa de Wilson para describirse a sí misma, a las mujeres latinoamericanas y a las nuevas repúblicas, busqué desentrañar las concepciones sociales implícitas en el pensamiento de esta viajera, así como las estrategias que empleaba para abrir nuevos espacios de expresión para las mujeres republicanas católicas con las que se identificaba. Concluí que Serrano supo aprovechar el imaginario que le ofrecía la modernidad católica y la importancia que estaba cobrando la regulación del espacio privado en el proceso de formación de los estados nacionales para negociar estratégicamente la participación de las mujeres en ciertas ocupaciones públicas. No obstante, a pesar de que logré acercarme a las concepciones de esta autora y entender su hilo argumentativo, me faltó analizar el hecho de que Emilia Serrano es una voz marginal por partida doble, es decir, tanto por ser mujer como por ser española.

Las mujeres hispanoamericanas de la aristocracia republicana compartían los espacios privados de sus contrapartes masculinas, pero eran marginadas de gran parte de la vida pública. Ernesto Laclau utiliza el concepto «afuera constitutivo» para designar el complejo lugar que ocupaba la mujer en el imaginario político-nacional (Laclau en Grijalva, 2008: 193), pues si bien estaba integrada socialmente, no gozaba de una integración sistémica en tanto que la ley no le atribuía los mismos derechos y espacios que al hombre. En el lugar de enunciación de Serrano, esta marginalidad de género convive de manera muy interesante con una segunda marginalidad geográfico cultural. A finales del siglo XIX y principios del XX, España pasó a ocupar un lugar marginal en un mundo dominado cada vez más por la cosmovisión occidental anglosajona y consolidó su posición en lo que Walter Mignolo llama «borde interno» de Occidente (2000: 33). Los escritos de Serrano se enmarcan claramente en la respuesta del mundo hispano a la llamada leyenda negra que asociaba a España con el atraso y la barbarie. A finales del siglo XIX, estas ideas hostiles a la patria de la baronesa son enfatizadas por muchos de los intelectuales y políticos

¹ Véase Martín (1990 y 2004) y Alcibíades (2012).

² Cabe precisar aquí que el «nosotras» desde el que se enuncia Serrano incluye solamente a las mujeres letradas, es decir, a una minoría pequeña y muy privilegiada. Jenkins Wood señala que las opiniones de Serrano sobre los indígenas americanos, hombres y mujeres, están cargadas tanto de simpatía y de pena como de presunciones de la propia superioridad moral y cultural (2013: 104-124).

latinoamericanos liberales que veían a la Independencia como la ruptura con una cultura que había propiciado el estancamiento del progreso y la civilización.

Para aproximarme a la manera en la que Serrano construyó un discurso emancipador desde este lugar marginal por partida doble, analizaré en primer lugar, las restricciones y oportunidades que enfrentó como viajera del sexo femenino. Luego, examinaré cómo logró insertar sus propios intereses y demandas de género dentro de aquellas voces que buscaban defender a España de la leyenda negra y, por último, intentaré aclarar el potencial estratégico que encontró esta viajera al enunciarse desde América Latina y no desde su patria en el Viejo Mundo.

LA POSICIÓN EXCEPCIONAL DE LA VIAJERA ESPAÑOLA

En el prólogo de *América y sus mujeres*, Serrano relata cómo, alrededor del año 1864, tras perder a su marido y a su única hija, se embarcó para Cuba, haciendo escala en Puerto Rico y Santo Domingo. Año y medio después, tras escribir en España para el periódico *La América*, comenzó a soñar con emprender otro viaje para recorrer el Nuevo Mundo desde Canadá hasta La Patagonia. No obstante, amigos y familiares «opinaron que era descabellado y no faltó quien dijo estas ó parecidas palabras: “La empresa sería grandiosa, si no la viese como imposible para ser realizada por una mujer, y paréceme mayor locura que aquella de D. Quijote”» (1890: 21).

Tradicionalmente el viaje ha sido concebido como un tropo cargado de elementos masculinos: «afán de conquista, sentido de riesgo, búsqueda de exploración» (Sanhueza, 2007: 376). Es evidente que Serrano estaba absolutamente consciente de que su proyecto implicaba romper con este imaginario:

En mis largas veladas de invierno cuando escribía con febril empeño, me interrumpía á veces, descansaba y meditaba preguntándome si yo perteneciendo a ese sexo llamado débil, podría arrastrar el cansancio de dilatados viajes por caminos en donde el silbido de la locomotora no resonaba aun y en los cuales solo la habilidad el instinto u la nobleza del caballo, podían salvar al viajero (*América y sus mujeres*, 1890: 22).

Ya Simone de Beauvoir identificó que el hombre se ve a sí mismo como la norma y a la mujer como el «otro» (Feder Kittay, 1988: 64). Es tras la previa catalogación del «otro» femenino como «débil» que el «yo masculino» se define como «fuerte» (78). No obstante, el relato de viajes permite a sus autoras concebirse de una manera diferente. En general, los relatos de viaje dan cuenta de cómo Europa vio al otro por primera vez, pero también de cómo se vio por primera vez a sí misma interactuando con ese otro y, por lo tanto, de cómo se vio por primera vez a sí misma como otra —es decir, de forma diferente a como se había pensado antes (Helgerson, 1992: 27). En el caso de los relatos de viajes escritos por mujeres, Mary Louise Pratt advierte que «la reinención de América coincide con una reinención del yo» (1997: 295). La importancia de esta reinención en los escritos de Serrano resulta evidente en su diario de viajes por el Ecuador, en el que dedica los tres primeros capítulos a construirse a sí misma como descubridora y pionera. Al referirse a la subida por la cordillera, por ejemplo, evoca a los conquistadores «quienes sufrieron con heroica grandeza privaciones y reveses» (1880a: 18). Puesto que está recorriendo el mismo camino a caballo, se establece una clara comparación entre el heroísmo de los conquistadores y el suyo propio. De similar manera, en el prólogo de *América y sus Mujeres*, relata cuánto soñaba con viajar al Nuevo Mundo y «penetrar en sus selvas vírgenes»,

«subir á las cordilleras envueltas en su immaculado manto de nieve» (1890: 21). En estas imágenes resalta la representación metafórica de la naturaleza americana como virgen penetrada por el conquistador masculino. Puesto que la alteridad es el requisito más importante para la metáfora y, por ende, para la definición de uno mismo y del mundo, no resulta nada extraño que se utilice a la mujer como vehículo de la conceptualización masculina de la otredad. La problemática aparece cuando una mujer se sirve de esta misma metáfora. Según la filósofa Eva Feder Kittay, para utilizar la metáfora «mujer», las mujeres tienen que verse a sí mismas como «la otredad» y, al mismo tiempo, como el sujeto. Para hacer esto deben ocupar la posición del hombre en el dominio de la metáfora (1988: 78). Serrano incurre en lo que el antropólogo Michael Taussig denomina «facultad mimética» para asociar su identidad con las cualidades que se atribuían a los conquistadores. La facultad mimética implica, según Taussig, aquella capacidad de copiar, imitar y explorar la diferencia para convertirse en otro y adquirir una segunda naturaleza (1993: xiii). Evidentemente, en la reinención que Serrano hace de sí misma, no quiere que se la asocie con la debilidad tenida como propia de su género, sino con atributos considerados tradicionalmente masculinos. No obstante, tampoco le conviene abandonar del todo la posición de excepción que ocupa al ser una mujer viajera.

El estatus legal de las mujeres españolas restringía muchos aspectos de su vida. Al igual que Serrano, muchas de sus compatriotas decimonónicas que se aventuraron solas por el mundo eran solteras, viudas o separadas, condición que les daba mayor libertad de movimiento, puesto que las mujeres no podían publicar ni viajar sin permiso de sus esposos (Jenkins Wood, 2013: 18). No obstante, si bien la falta de integración sistémica a la que he aludido previamente complicaba las posibilidades de las mujeres para viajar y para publicar, a las que excepcionalmente lo hacían les estaba permitido escribir sin tener que asumir los «elementos de erudición científica, aventurerismo o autoritarismo intelectual» que se les exigía a sus pares masculinos (Sanhueza, 2017: 371). Así, en *América y sus mujeres*, Serrano se da el lujo de mezclar su relato de viajes con poemas, biografías, leyendas y relatos históricos, licencia que no se podían permitir los viajeros varones.

Es esta posición de excepción la que le permite a Serrano construir una narrativa diferente y contestataria a aquella ola de viajeros ingleses que Mary Louise Pratt llama «vanguardia capitalista». Se trataba de hombres, en su mayoría ingleses, que llegaron a América en la década de 1820 en búsqueda de oportunidades de hacer dinero. Estos viajeros supieron utilizar a su favor las teorías ilustradas sobre la degeneración de la naturaleza y la gente de América. Así, la naturaleza primaria americana es descrita como salvaje y fea y, sobre todo, como evidencia de la falta de espíritu emprendedor de los americanos: «El supuesto atraso de América legitima las intervenciones de la vanguardia capitalista. Ideológicamente, la tarea de la vanguardia consiste en reinventar a América como atrasada y descuidada, codificar sus paisajes y sociedades no capitalistas como evidentemente necesitados de la explotación racionalizada que llegaba con los europeos» (1997: 266).

Estos autores retratan a las mujeres americanas de una manera extremadamente negativa. Al fin y al cabo, las mujeres son lo otro por excelencia para estos viajeros que miran desde un contexto eminentemente masculino, comercial y productivista. «Quedan afuera de todo sistema y por ello, son el elemento más disruptivo, más incomprensible para esta mirada que se ha propuesto “ver y entender”» (106). El relato del viajero Charles Brand de 1827 es solo una de las publicaciones que critican a las mujeres de Lima por ser descuidadas, sucias, fumar cigarros y no usar corsé (Pratt, 1997: 268). Al escribir sobre sus experiencias en Buenos Aires en 1926, Francis Head menciona asombrado que las mujeres no tienen absolutamente nada que hacer. Se queja también de unas beatas de Mendoza en tanto considera que no aportan en nada a la sociedad y concluye que están

«perdidas para el mundo» (Montaldo, 1997: 106). John Miers publica ese mismo año que las mujeres argentinas de clase alta no hacen nada porque tienen tres o cuatro esclavas (109). Desde la óptica racional-modernizadora del hombre de negocios, «quien no tiene función no tiene identidad», por lo que, para los viajeros mencionados, «las criollas son menos que sujetos», pues «no hacen nada» (idem).

A diferencia de la mayoría de relatos de viajes al Nuevo Mundo escritos tanto por hombres como por mujeres, en el suyo Emilia Serrano no construye su identidad en contraposición a la de los americanos y americanas, sino desde una aproximación empática. Al estar en una posición de excepción, sus narraciones no necesitan convencer a nadie de su gran capacidad frente a la supuesta incapacidad de los americanos. Al contrario, demostrar que las naciones latinoamericanas «marchan hacia el progreso» gracias a los esfuerzos y aportes de sus habitantes —en especial de las mujeres— se relaciona con su propio interés por reinventar su identidad como mujer y como española (Mena, 2015: 43). La siguiente cita de *América y sus mujeres* evidencia este afán de la baronesa por reivindicar a sus congéneres hispanoamericanas:

Había sostenido en Europa acaloradas polémicas, porque si bien celebrabase la belleza y vivacidad de las mujeres de aquellos remotos países, juzgábaselas con notoria injusticia en todo lo que á su ilustración se refería, considerándolas como seres dotados, sí, de clara inteligencia y de corazón ardiente y entusiasta; pero sin iniciativa para el progreso de los pueblos ni amor á ninguna ocupación que alterase su existencia fácil y perezosa. Creíase, y aun hoy, en menor escala es idea arraigada que la mujer nacida bajo el puro y bello cielo tropical no salía un momento de su indolencia ni se dedicaba á otra cosa que á fumar el cigarrillo medio acostada en su hamaca ó meciéndose en la fresca silla de bejuco (...). Pareciame imposible lo que todos aseguraban, y sentía impaciencia febril por demostrar las altas condiciones y virtudes de la mujer americana: hoy puedo juzgarla con amplio conocimiento y estricta imparcialidad (32).

EL POTENCIAL DE LA MODERNIDAD CATÓLICA Y DEL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Es curioso y esclarecedor comparar el propósito que manifiesta Emilia Serrano en el prólogo de *América y sus mujeres* —defender a las mujeres hispanoamericanas de la injusta difamación que sufren en Europa— con el objetivo expresado por el historiador Julián Juderías veinticuatro años después en el prólogo de la primera edición de *La leyenda negra*:

Anda por el mundo, vestida con ropajes que se parecen a la verdad, una leyenda absurda y trágica que procede de reminiscencias de lo pasado y desdenes de lo presente, en virtud de la cual, querámoslo o no, los españoles tenemos que ser, individual y colectivamente, crueles e intolerantes, amigos de espectáculos bárbaros y enemigos de toda manifestación de cultura y de progreso. [...] Este libro tiene por objeto estudiar desapasionadamente el origen, desarrollo, aspectos y verosimilitud de esta leyenda y demostrar que, dentro de la justicia y a la altura en que se hallan los trabajos de crítica histórica y de investigación social, es imposible adjudicar a España el monopolio de caracteres políticos, religiosos y sociales que la deshonran, o, por lo menos la ponen en ridículo ante la faz del mundo (1954 [1914]: 9-10).³

³ Lastimosamente no tuve acceso a la edición original de *La leyenda negra* de Julián Juderías publicada en 1914,

Ya Quevedo había sentido la necesidad de defender a sus compatriotas de acusaciones que consideraba injustas. En el siglo xvii España se convirtió en un borde interno de Occidente al ser desplazada por Inglaterra de la posición hegemónica que había ocupado anteriormente entre las naciones imperiales (Mignolo, 2000: 11). No obstante, a finales del siglo xix y principios del xx, la llamada leyenda negra —aquella concepción que veía a España como inferior a otras naciones europeas en términos de civilización— adquirió una nueva dimensión. El sistema moderno/colonial se vio nuevamente alterado cuando Estados Unidos comenzó a convertirse en una nación poderosa. A principios del siglo xx, en el imaginario del sistema mundo «moderno» Occidente quedó prácticamente reducido a los países anglófonos (30).

Al igual que el proyecto anglosajón, el proyecto civilizatorio católico desde el cual se enuncian Juderías y Serrano debe ser comprendido en términos modernos. No por nada, Serrano habla de juzgar «con amplio conocimiento y estricta imparcialidad» y Juderías de «estudiar desapasionadamente» y argumentar «dentro de la justicia y a la altura en que se hallan los trabajos de crítica histórica y de investigación social». Sin embargo, es un proyecto contrario a la modernidad anglosajona en el sentido en el que rechaza el mercado como el lugar de socialización de la comunidad y otorga a la religión este papel.⁴ En el siglo xviii, personajes jesuíticos como Felipe Gómez Vidaure, Francisco Xavier Clavijero y Juan de Velasco ofrecieron interpretaciones alternativas a las concepciones negativas que tenían ilustrados como Raynal y Diderot sobre Hispanoamérica y la cultura hispánica. Defendieron la naturaleza americana, el uso que los habitantes del continente hacían de ésta y, sobre todo, el aporte civilizatorio de la Compañía de Jesús (Cañizares Esguerra, 2001: 108). Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, Juan Bautista Muñoz, Francisco Pérez Bayer y Gregorio Bayans, entre otros, crearon una versión de la historia de la Conquista que articulaba el proyecto evangelizador con los intereses de mercado de la España borbónica. En *idea de la historia general de América i del estado de ella* (1783), Muñoz deja claro que su historia crítica pretendía englobar «lo moral i lo físico, lo espiritual i lo temporal, lo civil i lo literario» (Arias, 2007: 128).

Para principios del siglo xx, los intelectuales como Julián Juderías continuaban defendiendo su capacidad para «juzgar desapasionadamente» a partir de la investigación, pero no cuestionaban la hegemonía del mundo anglosajón en los ámbitos de «lo físico» y «lo temporal». El aporte de España a la civilización debía buscarse en el plano moral: «Nosotros no creemos en la eficacia, ni siquiera en la utilidad del progreso material en Europa, porque ninguno de los inventos, ninguno de los adelantos, ninguna de las facilidades que han aportado a la vida ha ejercido la menor influencia en el orden más importante en el orden moral» (1954 [1914]: 335). Es en este sentido que Juderías ensalza la Conquista española: «No ha creado España diez y ocho naciones que hablan su lengua y profesan su religión? ¿Qué nación puede enorgullecerse de algo semejante?» (145). También Serrano indica en varias ocasiones que «las naciones hispanoamericanas son hijas de España y

por lo que las citas fueron tomadas de una reedición hecha en 1967.

⁴ La ideología detrás de la defensa de la objetividad y la racionalidad de Juderías y de Serrano se puede entender a partir de los debates sobre la legitimidad de la Conquista que mantuvieron los escolásticos de la Escuela de Salamanca en el siglo xvi. Según Anthony Pagden, para el teólogo dominico Francisco de Vitoria y sus discípulos, la presencia española en América se justificaba en tanto su actividad como misioneros tuviera una incidencia directa en la transformación positiva del mundo. El filósofo Bolívar explica cómo esta concepción replantea completamente las nociones de la doctrina católica medieval acerca de la predeterminación divina del mundo y es, por lo tanto, propia de lo que consideramos pensamiento moderno (1996: 26). El hecho de que otorgue a la iglesia el papel de ser el lugar de socialización de la comunidad, no significa que se trate de un proyecto que rechaza el avance de la ciencia. Al contrario, aspira a utilizar el progreso científico para sus propios fines.

hermanas entre sí». Describe a las guerras de Independencia como la lucha de las hijas por emanciparse de la madre para formar una familia propia. Si bien, al principio, «la madre» no está de acuerdo con los deseos de «sus hijas», pasado un tiempo la familia olvida todo resentimiento, por lo que se puede volver a soñar con «la unificación de todos los países hispanoamericanos con la madre patria que pródiga les diera desarrollo moral é intelectual, un idioma rico, enérgico y hermoso, costumbres nuevas y la consoladora religión católica» (1890: 16).

Tanto Serrano como Juderías invocan al catolicismo como un código de igualdad e inclusión capaz de liberar de sus cadenas a todos los que a su doctrina se acogen. Juderías cita a Gómara para argumentar que antes de «la obra de civilización y de cultura» que considera llevaron a cabo sus compatriotas en el Nuevo Mundo, «los indios servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados a millares por sus fanáticos sacerdotes [...]. Así, que nadie piense que les quitasen las haciendas, los señoríos, la libertad, sino que Dios les hizo la merced en ser españoles, que les cristianizaron y que los trataron que ni más ni menos que digo» (1954 [1914]: 137). Por su lado, Serrano inserta sus propias demandas de género dentro esta argumentación. Enfatiza la triste suerte de las mujeres de la Antigüedad y argumenta que también ellas vivían esclavizadas antes de ser rescatadas por los preceptos de la religión católica.

La muger era un mueble, casi pero, careciendo de toda autoridad para educar á sus hijos, pues ella misma carecía de instruccion! La muger fué una propiedad que podía enagenarse y volver á su primitivo poseedor, sin que pudiera invocar sus títulos de madre y esposa y ni aún útil alcanzaba a ser por medio del trabajo, porque no le estaba permitido (Serrano, 1890: 86).

Queda claro que para la granadina fueron la religión católica y el matrimonio cristiano los elementos que liberaron a la mujer de su anterior estado de servidumbre:

La luz del cristianismo, la sabiduría de aquel divino legislador que decia: amaos los unos á los otros, y cuyas ideas esparcidas por el universo han formado la sociedad y la familia, dieron á la muger el puesto á que era acreedora: regenerada, ensalzada y considerada como compañera del hombre bajo el vínculo conyugal. Desde entonces fue madre y esposa. Desde entonces, sino instruida, aspiró a serlo y pudo luchar contra la preocupación y la barbarie (1890: 86).

La argumentación de Serrano y Juderías se comprende al examinar el origen ilustrado de categorías como raza y género. Juderías cita a «un escritor inglés» para sostener que «la diferencia esencial entre la América española y la inglesa» es que en la primera no existe «el odio de las razas». Asegura que a los indios «no se les desdeña porque pertenecen a otra raza, sino por la inferioridad de sus condiciones» (1954 [1914]: 144). Mientras que antes del Siglo de las Luces, el ser hombre, mujer, indio o cristiano hacía referencia a una función social que implicaba un rango, desde finales del siglo XVIII el género y la raza se convierten en categorías ilustradas. En los años finales del siglo XIX, dominados culturalmente por la modernidad anglosajona, la «pureza de sangre» ya no se medía en términos religiosos sino raciales. El punto de quiebre definitivo entre estos dos imaginarios que venían compitiendo desde el siglo XVII, se dio en 1898 cuando Estados Unidos justificó la guerra contra España alegando la superioridad de la raza anglosajona en su capacidad para civilizar el mundo sobre la de los latinos católicos (Mignolo, 2000: 33). Ubicar el aporte civilizatorio de España en el plano moral y no en el científico, le permite

a Juderías contraargumentar a favor de la superioridad del imperialismo español frente al anglosajón en tanto el primero subyugó a los indios aduciendo una inferioridad en términos morales y civilizatorios, mas no en términos raciales.

También la categoría de género como la comprendemos hoy es hija de la Ilustración. «Cuando la biología se convierte en el fundamento epistemológico de las prescripciones sociales, el útero y los ovarios, que definen a la mujer, consagran su función maternal y la convierten en una criatura totalmente opuesta a su compañero» (Badinter, 1993: 23). En este sentido, la noción de la mujer como sexo débil deja de ser una posición social para convertirse en una categoría biológica. «Durante el siglo XIX, sicólogos, biólogos, historiadores y antropólogos se dedican a demostrar la inferioridad ontológica de la mujer» (24). Serrano es contraria a la categorización abanderada por la modernidad anglosajona. Responde indignada ante un libro que intenta probar «por medio de consideraciones sacadas de la fisiología que las mujeres deben retirarse avergonzadas ante la superioridad de sus señores, los seres del sexo masculino» (1880a: xx):

El pan es útil y el agua también: la pluma es necesaria y la aguja igualmente: pero ni el agua es superior al pan, ni el lápiz a la aguja, porque cada una de estas cosas tiene un distinto fin. En la gran solidaridad humana, el hombre y la mujer se completan para todos los fines de la sociedad. [...] La mujer tiene un puesto social que el hombre no puede disputarle sin absurdo y sin visible tiranía. La mujer es el alma del hogar (Serrano, 1880a: xxx)

La diferencia entre hombres y mujeres, no implica, según Serrano, que los géneros deban tener una relación jerárquica, sino todo lo contrario: sus diferencias son complementarias y los vuelven útiles a la sociedad y a la nación republicana. Asegura que «cada ser tiene un fin que llenar en el mundo, y es muy poco científico compararnos con los otros, cuando somos heterojéneos o profundamente distintos» (xxx). La comprensión de la sociedad como un «todo orgánico» en el que cada «órgano» cumple una tarea imprescindible y complementaria es propia del pensamiento conservador iberoamericano relacionado con la ilustración católica (Hidalgo Nistri, 2013: 45). La concepción de Serrano de la mujer como «alma del hogar» tiene su correlato en la idea del pensamiento iberoamericano que tiene al «espíritu ibérico» como el alma de la civilización Occidental. Tras haber perdido España sus últimas colonias en 1898, el historiador Rafael Altamira Crevea ideó el concepto histórico global «Iberia», que incluía tanto a España y Portugal como a sus ex colonias ultramarinas. Para Altamira Crevea los países ibéricos y los países hispanoamericanos compartían elementos culturales, religiosos y psicológicos y pertenecían todos a la «civilización hispana. Estaban llamados a luchar juntos contra sus rivales anglófonos y a levantar «la bandera de la hispanidad». La futura civilización se fundamentaría en el «espíritu ibérico» y prevalecerían las virtudes espirituales sobre los valores materiales (Núñez, 2011: 256, 257).

EL POTENCIAL DE LAS REPÚBLICAS HISPANOAMERICANAS COMO LUGAR DE ENUNCIACIÓN ESTRATÉGICO

Cabe preguntarse qué ventajas encuentra Serrano al hablar desde Hispanoamérica en lugar de hacerlo desde su patria europea. La estrategia de la granadina al incluirse en el «nosotras» de las hispanoamericanas puede inferirse al comparar la dedicatoria de *La leyenda negra* con la de *América y sus mujeres*. La obra de Juderías está dedicada «a su Majestad el Rey D. Alfonso». En cambio, la de Serrano dice así:

Á la Señora Doña Jacinta de Crespo. Amiga inolvidable y querida:

Por tu carácter, por tus virtudes, por tu acendrado patriotismo y por ser dignísima compañera de un hombre tan ilustre por su valor como por su honradez arrisolada y sus antecedentes políticos (En general D. Joaquín Crespo), representas, según mi opinión, á la mujer americana, ya amantísima esposa y madre y reina del hogar, ya varonil y enérgica en luchas o infortunios, en las grandiosas abnegaciones y en los sacrificios divinos y misericordias humanas, inspiradas en el deber ó en la caridad (s.p.).

No es casual que Serrano dedique su obra a una mujer real y republicana de Hispanoamérica. Mientras que el representante de la monarquía es el rey, la república utilizó la imagen de la mujer para representar los ideales de libertad y revolución. José Murilo de Carvalho subraya que las primeras representaciones femeninas de la república eran imágenes alegóricas. Esto cambió, cuando en 1830, en su famoso cuadro *La libertad guiando al pueblo*, Delacroix convirtió a la nación en una mujer francesa de carne y hueso llamada Marianne; una mujer que corre con ambos pechos desnudos, con una bandera en la mano derecha y con una bayoneta en la mano izquierda (1990: 75-78); una mujer «varonil y enérgica en luchas o infortunios» diría Serrano.

El gesto de la baronesa de dedicar su obra a una mujer de carne y hueso en lugar de al rey es pues muy decididor. No obstante, la representación de Marianne resultaba demasiado extravagante para el imaginario católico desde el cual se enunciaba Serrano. La república que imagina Serrano sería acaso más bien una mezcla entre Marianne y la escultura realizada por Daumier en 1848: una mujer sentada amamantando a sus dos niños; una mujer protectora y pacífica. «Es esta imagen de la república como una madre que une a sus hijos al inculcarles un idioma, una cultura y una religión común la que encaja con el catolicismo republicano de Serrano» (Mena, 2015: 62).

De acuerdo a la lógica de la baronesa, «si la república es reconocida como madre, las madres deben ser reconocidas por la república» (63). Al igual que muchos de sus contemporáneos republicanos, Serrano defiende el derecho de las mujeres a una mejor educación recalcando la importancia social que tienen como madres de los futuros ciudadanos. Pero se atreve a ir aún más allá: «cuestiona el hecho de que un individuo que lleva a cabo una misión tan importante como la maternidad sea excluida del estudio y del trabajo remunerado» (63):

Lejos de mí la exageración; pero no veo el porque en los tiempos que alcanzamos, si el hombre rudo tiene voto, á la mujer ha de negársele criterio y opinión suya propia, y derechos que la coloquen á la altura de su misión y de su dignidad en las clases sociales. ¿No puede la mujer, como hija, madre y esposa, llegar á ser un individuo de esos centros, en donde el hombre descuella por el estudio, por lo florido, por lo grandioso ó por lo útil? ¿Por qué la mujer no puede entrar en la senda de la laboriosidad intelectual, que en un momento la lleve a proporcionar con decoro la subsistencia de sus padres, sus hijos, ó la suya propia, cosa que hoy le sería casi imposible puesto que pocos, muy pocos, son los caminos que no le están vedados? (Serrano, 1880a: xxxii-xxxiii)

A MODO DE CONCLUSIONES

Si bien Juderías y Serrano se enuncian ambos desde una modernidad católica contraria a la leyenda negra, el primero intenta legitimar una conquista del pasado, mientras que la segunda ambiciona un futuro emancipador para las mujeres del mundo hispano. La baronesa de Wilson logra potenciar estratégicamente tres hechos: el «lugar excepcional» que ocupa como viajera, la inclusión que predica el catolicismo y la importancia que los hispanistas como Juderías y Altamira Crevea otorgan a la moral y a la espiritualidad dentro de la civilización occidental. Aprovecha también las implicaciones positivas que puede tener para las mujeres de carne y hueso el hecho de que la república sea conceptualizada como mujer.

George Lakoff y Mark Johnson, expertos en lingüística cognitiva, señalan que las metáforas siempre destacan y ocultan aspectos de la realidad a la que se refieren (1996: 46). Así, la imagen de la relación filial para aludir a la relación entre España y sus excolonias americanas, la imagen de la pelea familiar para referirse a las Guerras de Independencia y la imagen de la reconciliación para sugerir el panhispanismo, ocultan realidades como el genocidio, la subalternización de los sujetos y saberes amerindios, la esclavitud, la violencia de las Guerras de Independencia, y las relaciones de poder entre Europa e Hispanoamérica. No obstante, estas metáforas a las que acude Serrano logran destacar que las hijas le deben el desarrollo moral é intelectual, el idioma, las costumbres y la religión a su madre. Esto es muy importante en tanto la independencia, el idioma, la religión, el desarrollo moral y cultural son convertidos en legados femeninos que transmiten las mujeres, una idea que también adquiere una nueva dimensión en el momento en el que la república es conceptualizada como la madre de los futuros ciudadanos.

El análisis presentado evidencia la importancia de la categoría de género a la hora de analizar las relaciones de poder tanto durante el periodo colonial como republicano. En este sentido se alinea con la concepción de Carmen Ramos Escandón, para quien «el género es un componente indispensable del proceso de formación de los Estados en América Latina, particularmente en el siglo XIX, cuando el proceso de formación y consolidación del Estado nacional incluye una forma de relación jerárquica y desigual en los espacios familiares, sociales y políticos» (2006: 25). Me arriesgo a proponer que las reflexiones de Serrano tienen el potencial de ser reinterpretadas desde el presente para proponer un pensamiento decolonial profundo capaz de articular la categoría de género a sus planteamientos.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía primaria

JUDERÍAS, Julián (1967) [1914], *La leyenda negra*, Barcelona.

SERRANO, Emilia (1880^a), *Perlas del Corazón. Deberes y aspiraciones de la mujer en su vida íntima y social*, Quito, Imprenta Nacional.

——— (1880b), *Una página en América, apuntes de Guayaquil a Quito*. Quito: Imprenta Nacional.

——— (1890), *América y sus mujeres: Costumbres, tipos, perfiles biográficos de heroínas, de escritoras, de artistas. De filántropas, de patriotas, descripciones pintorescas continente americano, episodios de viaje, antigüedades y bocetos políticos contemporáneos, Estudios hechos sobre el terreno, Cuadros copiados del natural*, Barcelona, establecimiento tipográfico de Fidel Giró Cortes.

Bibliografía secundaria

- ALCIBÍADES, Mirla (2012), «La Baronesa de Wilson en Venezuela: 1881-1882», en Sara Beatriz Guardia, *Viajeras entre dos mundos*, CEHMAL, pp. 343-357.
- ARIAS, Santa, (2007), «Recovering Imperial Space in Juan Bautista Muñoz's Historia del Nuevo-Mundo», *Revista Hispánica Moderna*, n.º 2, pp. 125-142. En línea.
- BADINTER, Elisabeth (1993), *XY, la identidad masculina*, Bogotá, Norma.
- CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge (2001), *How to Write the History of the New World: Histories of Epistemologies and Identities*, Palo Alto, Stanford University.
- CHARQUES GÁMEZ, Rocío (2008), «La Baronesa de Wilson: colaboraciones en *La Ilustración Artística* de Barcelona», *Anales de Literatura Española*, no. 20, pp. 105-118. En línea.
- ECHVERRÍA, Bolívar (1996), «La Compañía de Jesús y la primera modernidad de la América», *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 9, pp. 21-37. En línea.
- FEDER KITTAY, Eva (1988), «Women as metaphor», *Hypatia*, n.º 2, pp. 63-86.
- FERRUS Antón, Beatriz (2011), «Emilia Serrano, baronesa de Wilson y la literatura de viajes: *Maravillas Americanas* y América y sus mujeres», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo, Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII*, n.º 17, pp. 1-10. En línea.
- GRIJALVA, Juan Carlos (2008), «Las mujeres de Juan León Mera: autoría, autoridad y autorización en la representación romántica de la mujer escritora», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n.º 67, pp. 189-197. En línea.
- HELGERSON, Richard (1992), «Camoës, Hakluyt, and the voyages of two nations», en Nicholas B. Dirks (ed.), *Colonialism and Culture*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- HIDALGO NISTRÍ, Fernando (2013), *La República del Sagrado Corazón. Religión, escatología y ethos conservador en Ecuador*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Sede Ecuador Corporación Editora Nacional.
- JENKINS WOOD, Jennifer (2013), *Spanish Women Travelers at Home and Abroad, 1850-1920. From Tierra del Fuego to the Land of the Midnight Sun*, Lewisburg, Bucknell University Press.
- LAKOFF, George y Mark JOHNSON (1991), *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- MALTBY, William (1971), *The Black Legend in England: The Development of Anti-Spanish Sentiment, 1558-1660*, Durham, Duke University Press.
- MARTIN, Leona (1999), «The many voices of Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, Spain's forgotten "Cantora de las Américas"», *Hispania*, vol. 82, n.º 1, pp. 29-39.
- (2004) «Nation building, international travel, and the construction of the Nineteenth-Century Pan-Hispanic women's network», *Hispania*, vol. 87, n.º 3, pp. 439-446.
- MENA, María Isabel (2015), *La baronesa de Wilson y las metáforas sobre América y sus mujeres, 1874-1890*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar.
- MIGNOLO, Walter (2000), *Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledge, and Boarder Thinking*, Princeton University Press.
- MONTALDO, Graciela (1997), «Invisibilidad y exclusión: el sujeto femenino visto por los viajeros europeos en el siglo XIX», en Luisa Campuzano (ed.), *Mujeres Latinoamericanas: Historia y cultura siglo XVI al XIX*, La Habana/Ciudad de México, Casa de las Américas/Universidad Autónoma Itzapalta.
- MURILO DE CARVALHO, José (1990), *A formação das almas o imaginário da república no Brasil*, São Paulo, Companhia das letras.
- NÚÑEZ, Xosé-Manoel (2011), «Historical Writing in Spain and Portugal, 1720-1930», en Stuart Macintyre, Juan Manguel y Attila Pók (eds.), *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 4, Oxford, Oxford University Press.
- PRATT, Mary Louise (1997), *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

- RAMOS ESCANDÓN, Carmen (2006), «Cultura, género y poder en el largo siglo XIX», en Scarlett O'Phelan Godoy y Margarita Zegarra Florez (eds.), *Mujeres, familia y sociedad en la historia de América Latina, siglos XVIII-XXI*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).
- SANHUEZA, Carlos (2007), «Viajeras en América Latina durante el siglo XIX. ¿Peregrinaciones transgresoras?», en Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La república peregrina. Hombres de armas y letras en América del Sur 1800-1884*, Lima, IEP, pp. 367-383.
- TAUSSIG, Michael (1993), *Mimesis and Alterity. A particular history of the senses*, Nueva York, Routledge.